

EL OTRO

Hace poco era un ser totalmente desconocido para mí. Ahora me pide que separe las piernas . No puedo mostrarme sorprendida, ni siquiera asustada. Yo misma lo busqué. Sabía de su fama. Varias amigas me hablaron maravillas de él. Que era lo máximo, que no me iba a arrepentir.

No, no me arrepiento. Pero eso no quita que el sudor corra por mi espalda y tenga un leve temblor en mis piernas.

Con mi marido es otra cosa, con él no tengo pudor. Pero ante este hombre que con mucho tacto fue envolviéndome en su plática para después pedir que me desvistiera, todo es distinto.

Sus manos fueron recorriendo mi cuerpo, se detuvieron en mis pechos, palpándolos, apretándolos, pasando de uno a otro, haciendo rodar el pezón entre sus dedos. De ahí continuó hacia mi vientre. Yo no sentía una mano sino un peso enorme, cálido, que como un reptil se traslada de un lado a otro.

Empecé a jadear muy quedo, controlándome para que no se diera cuenta.

Pedí, sin decirlo, que apagara la luz. Sus ojos al observar mi cara, mi pelo, mi cuerpo, me hacían sentir aún más desnuda. Nadie antes, ni yo misma al contemplarme en el espejo me he mirado con tanta intensidad. Con mis manos quise proteger de su mirada mis senos y mi vientre, pero sabía que era ridículo.

Ahora acerca su cara a mi sexo, que se llena de calor, lo mira un largo tiempo. Sus dedos hábilmente logran que se parta a la mitad y se separe ofreciéndose a su vista. Quiero gritar o llorar. Él pide que me calme, que no debo estar tensa. No quiere lastimarme.

Ahora ya está dentro de mí. Sus movimientos son sabios, precisos. Dejo de temblar.

Con las manos limpio las lágrimas que corren hacia mi pelo.

Todo terminó, mucho más rápido de lo que yo esperaba.

Después de informarme que todo estaba bien, el médico, me cito para una nueva revisión dentro de un año.

Jamás de los jamases el tiempo se me ha hecho tan largo y tan corto a la vez.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007